

SERMON
PARA LA FIESTA
DE LA CONCEPCION
DE NUESTRA SEÑORA.

Vadam, & videbo visionem hanc magnam.

Iré, y veré esta grande maravilla. *Exod. 3.
v. 3.*

SEÑOR.

EXtraordinario era el prodigio que se manifestó á Moysés en el Monte Sinaí. Una zarza cercada por todas partes de llamas sin consumirse; ¿pues qué es lo que en su presencia suspende la actividad de el fuego? ¿Por qué este elemento, que con su voracidad consume quanto encuentra, parece que respeta á esta zarza milagrosa? ¿Quién no diria, como Moysés: iré, y veré esta grande maravilla! *Vadam, & videbo visionem hanc magnam.*

Aun es mayor el prodigio que la Iglesia ofrece hoy á la piedad de los fieles. Una pura criatura, una hija de Adán,

Adán, una porcion de la masa corrompida del humano linage, que á pesar de la raíz inficionada de donde procede, á pesar de la depravacion del siglo en que habita, á pesar del ayre emponzoñado que respira, conserva toda la pureza de su alma santa, y permanece incorrupta en medio de la mayor corrupcion. ¡Oh Dios! ¡Quién como vos! Vos sois el Dios que obra los prodigios.

Los Justos, aun los de primer orden, no obstante sus temores y vigilancia, no obstante los socorros de la gracia que los sostiene, experimentan muchas veces al dia su flaqueza: si dixeran que estaban un solo instante de su vida sin pecado, mentirian al Espiritu Santo, y contra sí mismos; y Maria desde el primer instante en que Dios derramó en su alma la justicia y santidad, hasta el momento en que entró en la eterna bienaventuranza, Maria siempre triunfó del pecado, del mundo, y de todos sus alhagos; del mundo, y sus falsas máximas, con las que hace que tantas almas entren en el camino de la perdicion; del mundo, y de todas las contradicciones que opone á la virtud, y con las que desgraciadamente se pierden tantos Justos, de aquellos que el Evangelio llama temporales; por todas partes la rodea el fuego del pecado, pero sin poderla hacer sentir su infame ardor. ¡Qué prodigio tan inaudito! ¡Qué gloria! ¡Qué privilegio tan singular concedido á Maria! Iré, y veré esta gran maravilla. *Vadam, & videbo visionem hanc magnam.*

No obstante haber nacido Maria con un privilegio tan sublime, que ponía entre ella y el pecado una casi infinita distancia, nunca creyó poder conservarle sino por medio de la fidelidad y vigilancia. La misma plenitud de gracia que la hacia superior á todos los peligros, se los hacia, al parecer, mas formidables. Sin tener en sí aquel caudal de flaqueza y corrupcion, que hace que en todo hallemos escollós, y que muda en lazos aun

nues-

nuestras mismas virtudes, las mas rigurosas precauciones la parecieron el unico asilo y toda la seguridad de su inocencia. El retiro, la oracion, el huir del mundo, la negacion de sí misma, fueron las reglas constantes de sus costumbres; y aunque tantos favores recibidos del cielo la daban una confianza tan firme, y tan bien fundada, de que nunca la abandonaria la gracia, vivió, no obstante, como si siempre estuviera temerosa de perderla.

¡Qué instruccion, y qué exemplo! Si Maria libre de aquel principio de corrupcion, que hace que nuestras caídas sean tan faciles y casi inevitables, huye del mundo, vive con recogimiento y oracion, ¿cómo nos prometeremos nosotros poder conservar entre sus placeres y peligros una inocencia, que aun dentro de nosotros mismos tiene enemigos tan terribles contra quienes pelear? Esta es la reflexion mas natural que nos ofrece este Misterio.

Hallo pues en Maria, cuya fidelidad quiero proponer por modelo á las almas favorecidas de Dios, y á quienes la gracia ha sacado del vicio, dos fidelidades respecto de la gracia recibida; una de precaucion, y otra de correspondencia: la fidelidad de precaucion, que la hace temer aun los menores peligros: la fidelidad de correspondencia, con la que cuida hasta el fin de hacer nuevos progresos en los caminos de la gracia: fue fiel en conservar la gracia recibida; y fue fiel en aumentarla y seguirla hasta donde la misma gracia la quiera conducir. Volvamonos á la misma Señora para alcanzar por su intercesion estas dos fidelidades. *AVE MARIA.*

PRIMERA PARTE.

TRes escollos deben temer las almas, que deseosas de su salvacion, y vivamente persuadidas de que todo lo que no es Dios es un sueño, quieren empezar

á ser fieles. Primeramente, su propia fragilidad que las arrastra; en segundo lugar, el mundo, con el qual todavia quieren guardar respetos y atenciones; y por último, el olvido de la gracia, que poco á poco las hace menos cuidadosas de la grandeza y singularidad del favor, que en medio de sus extravíos mudó su corazon, y dispó sus tinieblas. A estos tres tan peligrosos escollos para una nueva conversion, opone Maria tres precauciones, que nos servirán hoy de modelo. Primeramente á la propia fragilidad, opone una entera separacion del mundo; á la vana delicadeza de los juicios públicos, una insensibilidad heroyca respecto de los discursos y frívolos pensamientos de los hombres; y al olvido de la gracia, un reconocimiento continuo y proporcionado á la grandeza del beneficio. Os suplico que me esteis atentos.

El primer escollo de nuestra inocencia está en nosotros mismos: nuestras mas santas resoluciones vienen casi siempre á tropezar con nuestras propias inclinaciones: la misma prontitud de corazon, que forma nuestras lágrimas y penitencia, es en el instante siguiente la causa de nuestra inconstancia y de nuestros disgustos; y sin que los objetos exteriores se mezclen en nuestro engaño, la virtud por sí sola se debilita en el mismo corazon en que se habia formado.

Una de las ilusiones mas comunes de que se vale el demonio para engañar á las almas que empiezan á servir á Dios, es el persuadirlas que no es necesario romper abiertamente con el mundo para hacer una vida christiana; que se puede muy bien vivir en medio de sus placeres sin tener parte en ellos; que una vez mudado el corazon, las ocasiones que antes eran funestas á la inocencia, son ya objetos indiferentes; y que entonces los mismos peligros vistos de cerca sirven de instruccion y de remedio.

Para confundir, pues, un error tan injurioso á la piedad,

dad, nos propone hoy la Iglesia el exemplo de Maria. Fortalecida con todas las bendiciones de la gracia, defendida con el privilegio de su Concepcion milagrosa, y teniendo la promesa de Dios por prenda de su inocencia, no se tiene por segura sino lejos del mundo y de sus riesgos. Huye de las ocasiones, aun antes de la edad en que pueden temerse los peligros. El retiro de Nazareth fue el primer asilo, en que muy en tiempo depositó el tesoro de la gracia para libertarle del contagio. Allí, separada del mundo, unida con Dios por medio de los mas santos movimientos de una caridad ya consumada; heredera de los deseos de todos los Patriarcas sus antepasados; cargada de los votos de toda la Sinagoga, suspiraba sin cesar por la venida del Salvador: gemia por la desolacion de Jerusalén, y por las infidelidades de su Pueblo: pedia al Señor que visitase á Israel con su misericordia: y pensando continuamente en el que habia de ser la salud de Judá, y la luz de las Naciones, le formaba ya en su corazon por medio de la fé, dicen los Santos Padres, antes que la virtud del Todo poderoso le hubiese formado en su seno por medio de la secreta obra de su poder. Ni la autoridad de los exemplos, ni la licencia de las costumbres de su tiempo, en que el comercio de las Naciones, y el reynado de un Estrangero habian alterado mucho en Judéa la sencillez de las primeras costumbres y la observancia de la Ley de Dios, no la hicieron minorar la austeridad de sus precauciones y conducta. Hija de David, Esposa de Joseph, Madre del Mesías, entregada despues al amado Discipulo, en todos los diferentes estados de su vida se oculta, vive lejos del mundo, y donde solo Dios la vea. La oracion y el retiro la parecen el unico medio para conservar la gracia recibida.

Primera instruccion.

Es error el creer que el mundo y sus peligros son menos de temer, quando se les presenta un corazon con-

ver-

vertido, y una alma que desconfia de ellos. Primeramente, exponeis la gracia recibida, y esta es una temeridad castigada, casi siempre, con la pérdida del beneficio que se expone. En segundo lugar, es una ingratitud y una señal del poco caso que haceis de las misericordias que el Señor usa con vosotros: á la ingratitud sigue siempre la tibieza, y muchas veces la indignacion del bienhechor. Podia añadir, que quanto mas ha purificado vuestro corazon la gracia de una conversion sincera, tanto mas peligrosas son para vosotros las ocasiones: en otro tiempo, quando caminabais por el camino de la iniquidad, viviendo en el comercio de los sentidos y de las pasiones, estaba menos expuesta vuestra alma; la familiaridad con los deleytes entorpecía; por decirlo así, su viveza; veiais mil veces el peligro sin reflexion y con tranquilidad; el disgusto os servia como de seguridad; el pecado, si es licito decirlo así, os servia de muralla contra el pecado mismo: pero hoy que conociendo el Dón de Dios os absteneis de quanto puede desagradarle, tienen para vosotros los placeres un nuevo veneno; quanto mas huís de ellos, mas debeis temer su presencia; quanto mas tema vuestro corazon el entregarse á ellos, mayor impresion harán en él: si desafiamos temerariamente á un enemigo que nos parece temible, ya nos podemos contar por vencidos: las mas ligeras ocasiones, que en otro tiempo apenas merecian vuestra atencion, ofenderán hoy vuestra inocencia. Todo aquello de que nos privamos, empieza á sernos mas amable; los deleytes que hemos renunciado, se presentan con nuevos alhagos; el pecado á quien ya hemos apartado de nosotros, halla al corazon mas facil para recibir sus impresiones. Os fiais de vuestra virtud, y la misma virtud expuesta á los peligros es muchas veces la mas peligrosa tentacion de la alma fiel.

Jehú, Principe impío, miraba con indiferencia á la sobervia Jezabél, rodeada de pompa y de atractivos,

R 2

cui-

ciudadosa solamente de agradarle: y David justo y fiel, vé perecer su inocencia por sola la indiscrecion de una mirada. Algunas veces está la virtud mas cerca de caer que el vicio mismo; y vos lo permitís así, oh Dios mio, para que las almas que son vuestras, obren su salud, huyendo de los peligros, y desconfiando de sí mismas.

Por otra parte, si ya os sentís movido de Dios, ¿qué encanto puede tener para vosotros el mundo en que vivís? Aun quando pudierais salir por fiadores de la fragilidad de vuestro corazon, y pudierais prometeros que nunca os sorprehenderian aquellas ocasiones alhagueñas, en aquellos instantes de inadvertencia ó flaqueza en que repentinamente se suele perder el fruto de muchos años de virtud, ¿qué es lo que aun podeis hallar en el mundo que os agrade? ¿En qué os podeis ocupar en él, sino en cosas inútiles, de que vuestra fé se queja en secreto? ¿Qué podeis oír, sino vanos discursos, que se oponen á vuestras determinaciones, ó que las entibian? ¿De qué os pueden servir sus placeres, sino de alhagos que os perviertan, sus mas honrosas conexiones, sino de cumplimientos que os molesten, sus mas divertidas tertulias, sino de scenas que os estorven? ¿Qué puede ser para vosotros todo el mundo entero, sino una perpetua violencia? Oh alma fiel! exclama San Agustin. ¿Qué haces en medio de un mundo que no se hizo para tí? *¿Quid tibi cum pompis Diaboli, amator Christi?* Infelices seriais si aun amaseis al mundo; pero aun lo seriais mucho mas, si no amandole os obstinaseis en vivir en medio de sus peligros: salid, pues, de este mundo corrompido; esto es, formaos en él nuevas amistades, nuevos placeres, nuevas ocupaciones: uníos con el corto número de almas justas, que viven en el mundo como vosotros, pero no viven como el mundo; en su compañía, dice San Agustin, hallareis aquella fidelidad; aquella verdad, aquel candor, aquella alegría pura y agradable, y aquella seguridad que nunca pu-
dis-

disteis hallar en las compañías mundanas: apartaos generosamente de aquello que no os es permitido amar: tened valor para huir de lo que la fé os ha hecho ya despreciar; y no hagais caso de los vanos juicios de un mundo que no conoce á Dios, y que yá está juzgado. *Segunda precaucion*, cuyo exemplo vereis en Maria Santisima.

El temor de los juicios humanos es, Católicos, el segundo obstáculo que opone el demonio á las santas inspiraciones de la gracia. Bien conocemos que para corresponder á los movimientos saludables, que la bondad de Dios pone en nuestros corazones, era necesario dár muchos pasos, pero nos detiene el mundo, que hablará, que lo condenará, y se burlará; al mismo tiempo que le despreciamos, le tememos.

Persuadida, pues, Maria de que es imposible unir lo que nos pide la gracia con las costumbres y sujeciones que nos impone el mundo, y el no ser infiel á Dios quando queremos suavizar con respetos humanos las obligaciones de una nueva vida, no se detiene en exâminar si sus pasos parecerian extraños á los hombres, sino solamente si son medios necesarios para conservar la gracia recibida: y así, aunque en la Sinagoga se miraba á la virginidad como oprobrio, y eran despreciadas las personas que abandonaban la esperanza de ser madres del Mesías, conociendo Maria que este era el camino por donde Dios queria llevarla, abraza este humilde estado, y sin tener respeto á su nacimiento, á la esperanza de sus parientes, frustrada con esta resolucion, á lo que diria el mundo, el que siempre desea hallar en la conducta de los Justos alguna cosa extraordinaria, para poder motejar á la piedad de capricho y de flaqueza, consagra á Dios su virginidad, y sigue la voz del cielo, sin cuidar de los vanos pensamientos de los hombres: porque á la verdad, Católicos, se adelanta poco en el camino de Dios, quando se
mi-

miran con respeto las injustas preocupaciones del mundo.

Y si no decidme los que movidos de la gracia, aunque demasiado atentos á los juicios humanos, guardais aun ciertos respetos con un mundo á quien no amais, ¿qué es lo que pretendéis con dexar de hacer por respeto suyo mil cosas propias de la fidelidad que debéis á Dios? Si quereis con esto evitar sus censuras, y que favorezca vuestra nueva virtud, os engaiais; porque quanto mas observante os vea de sus máximas, mas censurará vuestra piedad; quanta mayor uniformidad queráis conservar con él, mayores motivos dais á la malignidad de sus censuras: las mismas condescendencias de que con trabajo usará vuestro corazón para agradarle, serán el motivo de su burla: condena solamente en los que se dedican á la piedad lo que halla en ellos de mundanos; se burla de aquellas almas indecisas, que hacen á todo, al mundo y á la virtud, y así son indefinibles; se rie de los que despues de haberle abandonado, aun quieren agradarle; y aunque es enemigo declarado de la virtud, por lo comun su censura mas se dirige contra los defectos de la virtud, que contra la virtud misma.

Si quereis, pues, que el mundo apruebe vuestra mudanza, haced que sea sincera y universal. ¿Quereis que alabe vuestra nueva penitencia? Haced que sea proporcionada á vuestros antiguos desórdenes; que no note en vosotros un penitente sensual, tibio, y medio mundano, despues de haberos conocido un pecador vivo, ardiente, y sin respetos en el vicio; que no pueda decir de vosotros, que á unas pasiones extremadas ha sucedido una virtud acomodada; que en lugar de los placeres violentos habeis elegido la pereza; y que en vuestra nueva vida no hay otra cosa especial mas que haberos apartado de todo lo que os molestaba. No temais, pues, al mundo, sino mientras useis con él de respetos. Mientras que Sansón vivió enemigo declarado

do de los Filisteos, y lejos de sus Ciudades, le tuvieron por un hombre escogido por Dios para ensalzar la gloria de Israel; pero apenas se acercó á aquel Pueblo infiel, apenas hizo alianza con él, é imitó sus costumbres, quando se hizo la fábula de Gaza, y sirvió de público juguete á sus conversaciones.

Nada perdona el mundo á la virtud. No solamente no alaba en los Justos el que se acomodan á sus costumbres, sino que quiere en ellos mas modestia, mas moderacion, mas caridad, mas desinterés, mas olvido de sí mismos, y mas privacion, si es posible, de la que manda el Evangelio. Es excesivamente severo en las reglas que impone á los Justos; les disputa hasta las mas leves condescendencias que usan consigo mismos; les imputa á pecado aun las faltas mas leves; se escandaliza aun de sus mas inocentes libertades; quisiera condenarlos á un perpetuo retiro, á una tristeza sin consuelo, y á una entera insensibilidad acerca de sus propios intereses. Quisiera, segun parece, que para contarse entre los Justos, dexasen de ser hombres; y su injusticia se emplea mas en ponderar sus obligaciones, que en disculpar sus fragilidades. En este punto es el mundo un doctor muy rígido. Los Fariseos acusan de intemperancia los inocentes convites de Jesu-Christo. Michol censura las santas alegrías de David. Los Grandes de Jerusalén miran como ambiciosas las lágrimas y predicciones de Jeremías. El mundo aumenta y envenena quanto halla en las acciones de los Justos; y usando consigo de toda la indulgencia posible, guarda para ellos toda su severidad; como si abultando las obligaciones de la piedad, quisiera persuadirse á que son impracticables, y justificar las transgresiones con que se aparta de ellas.

Finalmente, la última precaucion de que se vale Maria para conservar la gracia recibida es un continuo reconocimiento; y este es el tercer escollo que puede

temerse en una nueva vida. No conocemos bien el gran favor de Dios en habernos sacado del desorden: esta falta de conocimiento nace primeramente de una oculta soberbia, que hace que atribuyamos en parte nuestra mudanza á un natural feliz, á un gran caudal de rectitud y providad, el que aun en medio de los desordenes nos hacia avergonzar del vicio, que ponía ciertos límites á nuestras pasiones, los que suelen traspasar la mayor parte de los pecadores, y que nos hacia respetar la obligacion, al mismo tiempo que la posponiamos al deleyte. Pero Maria nacida con tantos privilegios, y formada, segun parece, para la virtud, no busca en sí las razones de los favores de Dios. *Obró en mí (dice) cosas grandes, porque se acordó de su misericordia. (a)*

Qualquiera cosa que quisiera atribuirse á sí misma la hubiera parecido una infame ingratitude; y no hallando en sí cosa alguna que pudiese merecerla la estimacion de Dios, quanto mas se miraba, mas descubria la grandeza del beneficio, sin hallar en sí mas que nuevos motivos de agradecimiento.

Dios gusta de que conozcamos el valor de las gracias que nos hace; es tan zeloso de sus dones como de su gloria; y no hay cosa que tanto suspenda sus misericordias, como el querer buscar en nosotros mismos las razones de haberlas merecido. Porque á la verdad, además de que un natural feliz y dispuesto para el bien es un dón gratuito, es injusticia querer por eso minorar lo grande del beneficio que ha mudado nuestro corazon, y el reconocimiento que debemos á nuestro bienhechor.

¿De qué proviene, pues, que tantos pecadores, nacidos con mejores disposiciones que nosotros, mas in-

cli-
(a) *Luc. 1. v. 49. 54.*

clinados que nosotros, por el caracter de su corazon, á la vergüenza, y á la inocencia, y mas movidos de la virtud y de las santas verdades que la inspiran, de que proviene, que no obstante esto, no tienen valor para romper sus cadenas, que continúan ofendiendo al Dios que conbeen, que ultrajan la misma verdad que respetan, que se dexan llevar, como por fuerza, de sus inclinaciones, y que á pesar de la voz de la naturaleza que parece acordarles su obligacion, se dexan todavia aprisionar del mundo, y del encanto de sus pecaminosos deleytes? ¿Pero qué es lo que digo? ¿De qué proviene que estas felices inclinaciones con que nacieron sean el pretexto de su impenitencia; que fiados en ellas se prometan una conversion futura; y que hallandose con mas disposiciones para la virtud que otros pecadores, mueran impenitentes, porque no se sentian obstinados? Aun no digo bastante, Católicos; examinad lo que pasa en el mundo, y vereis que las personas de un caracter mas pacífico, las mas dispuestas á la virtud, los corazones mas tiernos, mas sinceros, y mas generosos, son los que mas se dexan engañar de los deleytes. ¿Qué es, pues, lo que habeis ofrecido á la gracia, presentandola una alma buena y facil, sino mas disposiciones para los deleytes, y mas obstáculos á la virtud? Quanto mas parece que os habia favorecido la naturaleza, tanto mas distante estabais del Reyno de Dios, tanto mas debeis bendecir á la mano misericordiosa, que os ha mudado en medios de santificación las mismas inclinaciones, que en otros son el escollo de su inocencia; que ha mudado vuestra inclinacion al vicio en un santo deseo de la justicia; vuestro amor á las criaturas en una amorosa compuncion hácia él: vuestros movimientos profanos en santas lágrimas; y si alguna vez se os permite reflexión sobre ese natural docil, que se os concedió al tiempo de nacer, es para que os confundais de haberle hecho servir tanto tiempo á la injusticia, y de no